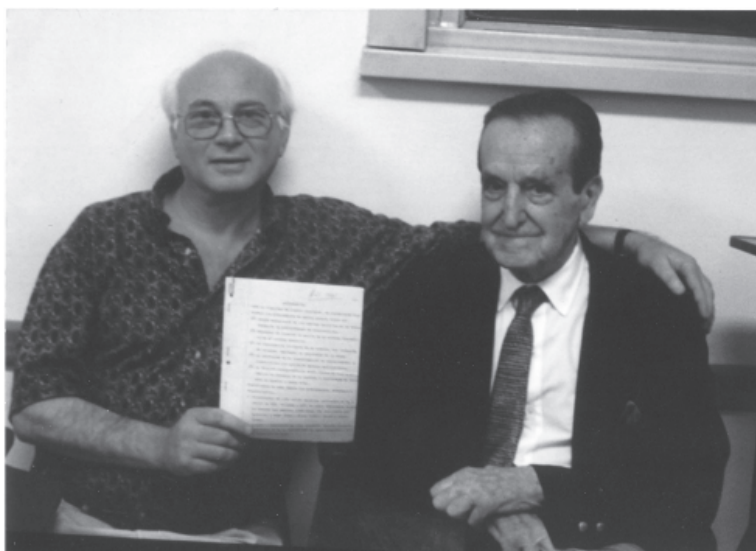


Algunas de mis anécdotas personales y su vinculación con el prof. Dr. Felipe A. De la Balze

Hugo Niepomniscze

Jefe de la División Endocrinología del Hospital de Clínicas "José de San Martín", UBA

Glánd Tir Paratir 2009; (18): 7-10



Dres. Niepomniscze y De la Balze mostrando el manuscrito del proyecto elaborado en 1961 (ver texto)

El 1 de mayo de 2009 falleció, a los 98 años de edad, el Prof. Dr. Felipe A. De la Balze, quien nació en Buenos Aires el 23 de octubre de 1910. Se había recibido de médico en la Facultad de Medicina de la UBA, en 1935, y se perfeccionó en EUA (St. Louis y New York) en la década del '40. Fue designado Profesor Adjunto de Clínica Médica, en 1950, y formó parte del grupo de endocrinólogos que fundó la SAEM, de la cual fue su Presidente durante el bienio 1961-62.

Hasta aquí, este artículo que estoy escribiendo no sería más que una típica necrológica sobre un famoso endocrinólogo recientemente fallecido. Sin embargo, esa no es mi

intención. Creo que la personalidad de De la Balze y la influencia que tuvo sobre algunos aspectos muy significativos de mi carrera científica, que trascendieron nuestros ámbitos personales para ser parte de la historia de la medicina, hacen que, en honor a dicha historia, yo no desee que queden ignorados.

Conocí al Dr. De la Balze a principios de 1962, cuando me encontraba haciendo el tercer año de la carrera de medicina. En ese entonces cursaba, entre otras asignaturas, Anatomía Patológica, en la morgue del Hospital Fiorito a cargo del famoso patólogo Moisés Polak. Esta circunstancia fue determinante en el devenir de los acontecimientos que posteriormente narraré.

Mi interés por la tiroides se inició en 1960, a mis 18 años de edad, cuando cursaba Histología en el primer año de Medicina. Mi profesor era el Dr. Eduardo De Robertis y a mí me había impactado leer sobre sus descubrimientos en histofisiología tiroidea en uno de los mejores libros internacionales de texto de la época (Histología de Ham). Rápidamente avancé sobre el conocimiento de toda la fisiología y bioquímica tiroidea y quedé apasionado con lo que hasta ese momento se sabía sobre la biosíntesis hormonal. Mi perla favorita era la peroxidasa, aunque mucho se desconocía de ella y ni se soñaba con estudiarla en humanos. Más aún, en ese entonces resultaba más fácil hacer planes de investigación con lactoperoxidasa, para luego extrapolarlos a la peroxidasa tiroidea.

Recibido para publicación: 20/05/09

Aceptado: 07/07/09

Correspondencia: Hugo Niepomniscze
hniepom@fibertel.com.ar

Fue así que un año después, cuando tenía 19 años y cursaba Fisiología y Química Biológica, pensé que la peroxidasa debía ser la enzima acoplante de la tiroides, uniendo 2 moléculas de DIT para formar una de T_4 . Para tal fin preparé un proyecto de investigación, planeando usar la peroxidasa de la leche (lactoperoxidasa). Mi problema era que tenía el proyecto pero no adonde llevarlo a cabo. Debido a mi amistad con Mario Pisarev desde la adolescencia, supe de la existencia del ex-Centro de Endocrinología fundado por Rodolfo Pasqualini en un edificio situado en las calles Godoy Cruz y Juan B. Justo. Allí me permitían asistir como oyente, y sentado en la última fila, a los cursos de post-grado que se dictaban en forma periódica. En una oportunidad, uno de los docentes dictó una clase sobre fisiología tiroidea. Al término de la misma me acerqué a él, le comenté sobre mi proyecto y le pregunté sobre la factibilidad de realizarlo allí. Me contestó que en ese momento era imposible, dado que la persona con la cual podría llevarlo a cabo era el Dr. Noé Alstchuler, quien estaba haciendo su doctorado en Chicago y no volvería a la Argentina hasta un par de años después.

Para ese entonces, supe que el Centro de Endocrinología había sido, en el pasado cercano, el Instituto Nacional de Endocrinología, pero que le habían disminuido su categoría a «Centro» debido a la creación, en 1958, del Instituto Nacional de la Salud (INS), en lo que hoy es el Hospital «Profesor Dr. A. Posadas» en la localidad de Haedo. Dicho Instituto pretendía ser una réplica, en pequeño, del NIH (*National Institutes of Health*) de los Estados Unidos. Si bien en teoría se debía constituir con 11 institutos de investigación, sólo se iniciaron 7. Sin embargo, 2 de ellos nunca funcionaron por alejamiento de sus directores. Uno de estos últimos era el de Anatomía Patológica. Como veremos luego, este hecho fue trascendente en mi posterior relación con De la Balze. De los 5 institutos que funcionaron, uno de ellos era el de Endocrinología, cuyo flamante director, en un cargo ganado por concurso de oposición, fue el mismísimo De la Balze.

A comienzos de 1962, cuando yo recién había cumplido 20 años y cursaba Anatomía Patológica en lo de Polak, me animé a ir un día al INS de Haedo y presentarme ante De la Balze para solicitarle que me permitiera concurrir como visitante, para interiorizarme de las investigaciones de su Instituto, con especial énfasis en tiroides. Al llegar me atendió su secretaria, quien me preguntó si venía con alguna recomendación. Le dije que no y le comenté que supe, de mentas, de la existencia del Instituto y que me imaginaba que era un lugar de excelencia donde plasmar mi vocación científica. Ante mi osadía de pibe, de presentarme solo sin ninguna recomendación personal en un lugar tan importante, la secretaria me hizo esperar y fue a hablar con De la Balze. Unos minutos después me hizo pasar a su despacho. Entre mezcla de timidez y valentía le expliqué a De la Balze mi vocación por la tiroideología, pero no hice ningún comentario sobre mi proyecto escrito el año anterior. Por suerte, ese día se levantó con el pie derecho, puesto que me escuchó y me dijo que le había llamado la atención, en forma positiva, que me hubiera animado, siendo tan joven, a entrevistarme con él. Por otra parte, dado que se había quedado sin anatomía patológica y que necesitaba de alguien que le hiciera los tacos de parafina y los preparados histológicos para las biopsias de endometrio, me propuso que yo me ocupase de ello, en base a la experiencia que tuve en histología y que la estaba completando con mi cursada en el Servicio de Patología de Moisés Polak. Por contrapartida, él me dejaría experimentar en el laboratorio con las tiroides de rata de su bioterio. Así fue como estuve concurriendo varios meses, alternando mis tareas de laboratorio con los ateneos de endocrinología de su Instituto. Con el correr del tiempo pude conocer la fuerza de su personalidad y el vasto caudal de conocimientos que poseía. En esos ateneos hablaba con autoridad pero también con autoritarismo, por lo que frecuentemente intimidaba a los médicos bajo su mando. Era obvio que era muy respetado por su sabiduría y muy temido por su temperamento. A pesar de ello, tal vez sea porque en mi fuero íntimo compartía algunos de sus rasgos de personalidad, me animé un día a presentarle mi proyecto escrito sobre que la peroxidasa era la enzima acoplante. Lamentablemente ese día, como él mismo me lo dijo 37 años después, se levantó con el pie izquierdo. Fue entonces que recibí una tajante respuesta a la presentación de mi proyecto que ni siquiera miró. Me dijo: «Usted es demasiado joven para

dar ideas». Mi frustración fue máxima y estuve a punto de romper esos papeles y arrojarlos al cesto de basura. Por suerte, no logré concretarlo gracias al bioquímico del Instituto, que al verme tan apenado y presto a hacer añicos el proyecto me dijo: ... «no te amargues, no lo rompas, dámelo a mí que me gustaría verlo». No sé si lo llegó a leer, pero afortunadamente lo guardó en un cajón de su escritorio donde se conservó el tiempo necesario para ser rescatado al año siguiente, como mencionaré luego.

A raíz de mi frustración, decidí abandonar el INS. A todo esto, ya estaba terminando el tercer año de la carrera de medicina y estaba presto para ingresar, en 1963, a la primera camada de Unidad Hospitalaria del Hospital Ramos Mejía. Nos habían dividido en comisiones que debían rotar por todas las especialidades de medicina interna. Como en ese entonces no existía en el hospital un servicio de endocrinología organizado, las autoridades de esta Unidad Hospitalaria habían hecho un convenio con el ex-Centro de Endocrinología, ese de las calles Godoy Cruz y Juan B. Justo. El destino, por algo será, quiso que la primera comisión que rotase por allí fuese la mía. Recuerdo que nos habían dividido en subcomisiones de 5 alumnos cada una. La primera clase que iba a recibir mi subcomisión era justamente la de fisiología tiroidea, y quien la daba era precisamente el bioquímico que regresaba con su flamante PhD desde Chicago. Así fue como conocí a mi padre científico argentino, el Dr. Noé Altschuler. A los pocos minutos de comenzar su charla se refirió a la biosíntesis de las hormonas tiroideas. Duró muy poco, porque yo lo interrumpí comentándole mi proyecto. Otro de los compañeros de mi subcomisión, que hasta hoy lo sigo viendo porque soy el médico de su hija, que tuvo un cáncer de tiroides y está actualmente libre de enfermedad, siempre recuerda que la clase se transformó en un interesantísimo diálogo científico entre el docente y el alumno, que él y los otros compañeros disfrutaron durante algo más de una hora. Por supuesto, acordé con Altschuler trabajar con él. Fue así que a Noé se le ocurrió la forma de rescatar el manuscrito del proyecto, si era que aún se mantenía a salvo. Dado que Mario Janches concurría al INS en las mañanas y al Centro de Endocrinología en las tardes, le pidió que hablase con el bioquímico del Instituto de De la Balze para saber si todavía guardaba el proyecto en su poder. Por suerte así fue y el manuscrito volvió a nuestras manos a través de la gentileza de Mario Janches.

Si bien comenzamos con la lactoperoxidasa, nos dimos cuenta de que podíamos trabajar directamente con la peroxidasa tiroidea, dado que nos surgió la posibilidad de ir al Instituto Pasteur a buscar los perros que tenían allí para sacrificarlos. De esta manera descubrimos la peroxidasa tiroidea canina y aplicamos un método espectrofotométrico, descrito por Alexander, para medir la actividad enzimática de la TPO. Como corolario de estos estudios, y ya en la Comisión Nacional de Energía Atómica, tras el cierre definitivo del Centro de Endocrinología, fuimos los descubridores de la peroxidasa tiroidea humana en 1968, cuya publicación fue hecha en 1969 en *Acta endocrinologica (Kbh)*, el hoy conocido *European Journal of Endocrinology*.

A raíz de este descubrimiento fui uno de los ganadores de la beca del NIH y me fui a Chicago a trabajar con mi padre científico norteamericano, el Dr. Leslie J. DeGroot. Aparte de DeGroot, yo tenía otras dos opciones de lugares de trabajo en EE. UU. Una con Alvin Taurog, en Dallas, y la otra con Alexander en Yale. Con ambos mantuve siempre una excelente relación, y ambos me reprocharon que no los hubiera elegido en lugar de Leslie. En 1971, Alvin Taurog con su becario español, Luis Lamas de León (íntimo amigo mío hasta su muerte prematura en Madrid, en 1995), demostraron que la peroxidasa era la enzima acoplante, justo 10 años después de que yo lo postulase en mi proyecto juvenil.

Volviendo a De la Balze, él continuó en el INS hasta que éste se transformó en el Hospital Posadas, donde fue el primer jefe del Servicio de Endocrinología. Estando yo con DeGroot en Chicago, pude ser testigo del reconocimiento científico internacional que se tenía por De la Balze. No en vano había un síndrome de aplasia germinativa en el varón que se llamaba Síndrome de Del Castillo, Trabucco y De la Balze. Recuerdo que DeGroot estaba armando los borradores de los capítulos que iba a tener en su nuevo libro sobre Endocrinología, ese famoso tratado que

desde hace unos años se convirtió en el conocido www.endotext.org. En esos borradores estaba el nombre de De la Balze como uno de los posibles autores de capítulos sobre testículo.

Cuando De la Balze se jubila en el Posadas, vuelve al Hospital de Clínicas, donde había estado en su juventud. En este regreso actúa como consultor de la V Cátedra de Medicina, a cargo entonces del Prof. Dr. José Burucúa. Allí nos volvemos a encontrar. Él no recordaba el episodio del rechazo de mi proyecto, pero sí se acordaba gratamente de mi paso por el INS como estudiante de medicina. Por otro lado, yo no guardaba ningún rencor y eso hizo que entablásemos una excelente relación. Era habitual su asistencia, hacia fines de la década del '90, a nuestros clásicos ateneos de tiroides de los días jueves a las 14 horas. En uno de ellos, el endocrinólogo mendocino Javier Herrera, que en esa época era Residente en nuestra División Endocrinología del Hospital de Clínicas, nos sacó una fotografía a De la Balze y a mí sosteniendo el famoso manuscrito que yo había elaborado en 1961 postulando a la peroxidasa como la enzima acoplante. Esa foto fue obtenida el 9 de diciembre de 1999, cuando De la Balze ya tenía 89 años.

Siguió visitándonos un par de años más, hasta que su avanzada edad ya no le permitió seguir concurrendo. En el año 2000 tuve que dar en Bariloche, en el Congreso Panamericano de Endocrinología, una charla sobre nódulos tiroideos en uno de los simposios. La mitad del material que presenté me lo preparó De la Balze, con 90 años de edad, sobre la base de sus lecturas actualizadas de medicina basada en la evidencia.

Sin dudas, De la Balze fue un grande de la endocrinología argentina. Tal vez sus defectos personales superaron al promedio del ciudadano común, pero sus virtudes fueron tan notables, que el cociente virtud/defecto fue muchísimo mayor del que puede tener una persona normal. Por ello, siento un gran honor en poder referirme a él en esta particular viñeta histórica.